

LA TERRIBLE MASACRE DEL 11-M EN MADRID

Han pasado ya más de 20 días de la tremenda masacre de Madrid, pero todavía seguimos conmocionados, fuertemente heridos en nuestra sensibilidad de seres humanos por esa matanza masiva e indiscriminada del terrorismo mundial, llámese AL QAIDA, ETA, fundamentalismo musulmán, nacionalismo étnico o lo que fuere. Alguien ha escrito que, a pesar de vivir en el siglo XXI, “estamos en una guerra permanente”, pero en una guerra distinta, difícil, sucia, sin enemigo visible y por ello desigual que va contra la democracia, la libertad, la ley, el orden establecido y contra lo más sagrado que existe: la vida humana; es decir, otro tipo de contienda, a la que algunos han denominado como “choque de civilizaciones”.

Y Madrid, el corazón de España, “el rompeolas” de todas las regiones y provincias de nuestra Patria, “una ciudad valiente, sufrida, noble y en donde nadie se siente extranjero”, como dijo al gran escritor vasco Pío Baroja, ha padecido un aciago día que los españoles no podremos olvidar jamás; una tragedia similar a la que sufrieron los neoyorquinos hace dos años, cuando el terrorismo de Al Qaida derrumbó las torres gemelas y con ellas quedaron enterradas miles de personas inocentes.

Una muerte, cualquier muerte, producida por el terrorismo, es triste, muy triste, pero cuando se producen crímenes de los políticos, de los servidores del Estado o de personas significadas por cualquier motivo, parece que encontrarnos una cierta lógica, aunque nunca sea justificable; sin embargo, casos como los de Nueva York o de Madrid al acabar de forma indiscriminada y cobarde con tanta gente de toda condición y edad (la mayoría humildes trabajadores) y sin ninguna culpa, a cualquier persona sensible nos produce horror, espanto, consternación, rechazo, repugnancia... algo difícil de calificar; y es que, en estos casos, no se encuentran palabras apropiadas en el diccionario para calificar tan execrables crímenes.

Yo en estos días -y supongo que le ocurrirá a mucha gente-, me pregunto: ¿Tendrán madre y padre estos desalmados criminales? ¿Qué opinarán ante tan inhumana matanza sus familiares, amigos y conocidos? ¿Y cómo tratarán ellos de justificar esta descomunal masacre de tanta gente inocente? Opino que no tienen ninguna coartada, ningún argumento de peso

que pueda explicar una atrocidad semejante; salvo que se trate de seres patológicos, de graves enfermos mentales que, en vez de en la calle, deberían estar en un manicomio, pero encerrados en una celda y con una “camisa de fuerza”; no cabe otra explicación a tanta vesania, crueldad o barbarie... ; y más inaudito e incalificable sería si se debiera a que alguien les hubiera inculcado, desde niño, un odio infinito a España y a la humanidad en general, puesto que también han atentado en esos trenes contra personas de once nacionalidades distintas; y lo más triste, es que ese odio pudiera estar basado en una realidad que no existe, en unas quimeras inventadas por un nacionalismo desfasado y caduco. Son pues, o unos enfermos mentales de nacimiento, o monstruos que se han llenado de odios y resentimientos por una mala educación que les dieron en sus familias y colegios.

Pero ya ha sucedido la tragedia, y no tiene remedio; sin embargo, ha resultado aleccionador y reconfortante comprobar la extraordinaria y masiva reacción del pueblo español, con unas manifestaciones multitudinarias en toda España y también, -lo debemos subrayar en todo su valor- las que se han producido en el mundo entero solidarizándose con nuestras víctimas. Cerca de doce millones de españoles se lanzaron a la calle para protestar y para prestar apoyo y ayuda física y moral a las víctimas y a sus familiares. Madrid, al día siguiente del suceso, quedó paralizado, conmocionado llorando a sus conciudadanos muertos y heridos y la manifestación de dolor e indignación resultó, según los historiadores, la más numerosa y emotiva de su historia, a pesar de la lluvia.

La matanza ha sido espantosa, con más de doscientos muertos y mil quinientos heridos, de los cuales todavía algunos están muy graves y otros se sabe que quedarán con graves secuelas; y no sólo físicas sino también psicológicas para el res-

to de sus vidas. Pero, además, este dolor e indignación afecta también, en algunos casos decisivamente, a miles de familiares, amigos y conocidos. ¿Que pensarán esas pobres gentes que llegaron de países subdesarrollados creyendo que habían alcanzado el Paraíso y ese mal día encontraron la muerte de sus seres queridos o su propia invalidez?

Debemos destacar, por su ejemplar actuación, a los llamados “héroes de la tragedia”. Nos referimos a las fuerzas de seguridad y a otros servicios públicos: policías, bomberos, médicos, enfermeras, psicólogos, sacerdotes, empleados de RENFE y simples ciudadanos que ayudaron en la nobilísima tarea de salvar vidas y de evacuar heridos a los hospitales. Han sido un claro ejemplo de profesionalidad, de caridad y de eficacia.

Como era de esperar la terrible masacre ha trascendido al mundo entero; y el rechazo general y las condolencias han llegado de las más altas instituciones, como las Naciones Unidas, el Parlamento de la Unión Europea, el Vaticano (con un emotivo mensaje de Su Santidad el Papa Juan Pablo II) y de todos los países y de los grandes mandatarios del mundo: Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia, Francia, Alemania, Portugal... ; y es que, en realidad, este ataque criminal e indiscriminado se considera -al igual que el de Nueva York- como una alevosa agresión al mundo occidental.

Digamos también que, tristemente, entre los numerosos afectados por el atentado se encontraban dos daimieleños: uno fallecido, el brigada de Caballería José María López-Menchero Moraga para el que damos para su familia nuestro más sentido pésame; y otro herido (al parecer leve aunque con rotura de tímpanos) el joven Guillermo Marchán, al que le deseamos que se recupere lo antes posible.

Esperemos que este mortífero aviso nos sirva de experiencia a todos los españoles para que luchemos, desde todos los frentes, contra esta lacra del terrorismo mundial; y, que tras la tragedia, procuremos ayudar de alguna forma a los heridos y a sus familiares.

Y terminaremos con la impresionante frase que escribió un periodista madrileño; “Bajo los sudarios improvisados de tan abominable crimen, sólo se oían los teléfonos móviles de los muertos”.

JESÚS SEVILLA LOZANO